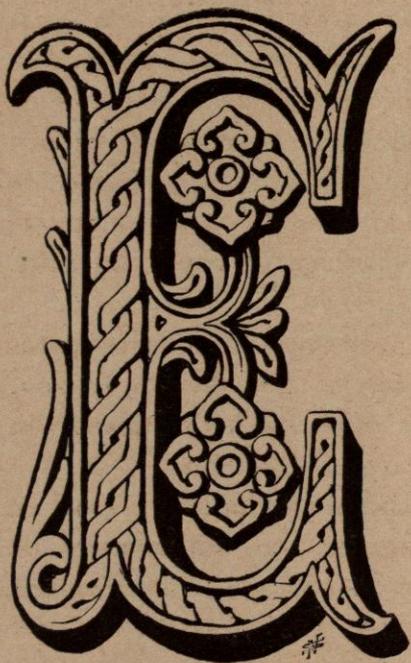




LA VIDA Y LA MUERTE ENTRE LOS ANTIGUOS AMERICANOS

II



En el siglo xv tres civilizaciones representan en América el mayor grado de cultura alcanzado por aquellas gentes. Los Aztecas, vencedores y subyugadores al cabo, de los otros dos imperios de la triple alianza en el Anahuac; los *Mayas*, herederos directos de la civilización que hizo su entrada triunfante por Tula con los Toltecas, y que arrollada por los chichimecas se ampara en Chiapas, para pasar después al Yucatán; y los Incas, raza aristocrática, desprendida sin duda de este tronco, que en el valle del Pirú implantan el más disciplinado organismo social, dibujándose hoy los Chipchas y Quimbayas de Colombia, como lazo de unión entre aquéllos y éstos.

Diferentes en condiciones morales estos centros, aunque todos participan de parecidos caracteres, vemos en los mejicanos un pueblo guerrero y áspero, fiero y cruel con el dolor, tanto sea ajeno como propio. Convencidos de que la vida es más fecunda en amarguras que en deleites, aun no había influido en ellos un genio que les infundiera ideas de consuelo, ni lenitivos para hacerles más llevaderos los dolores de la existencia. En sus mismos dioses, la condición común era la venganza, siempre dispuestos á castigar, nunca á perdonar, por lo que había que satisfacerlos por los medios más terribles.

Cuando les nacía un hijo á los mejicanos, la partera, después de lavarlo, mientras recitaba ciertas preces bautismales, decía al infante: «Niño gracioso; los dioses Ometentli y Omecihnatl te criaron en el lugar más alto del cielo para enviarte al mundo; pero ten presente que la vida que empiezas es triste y dolorosa, llena de males y miserias; no podrás comer pan, sin trabajar. Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan.»

Inmediatamente después, empezaba la superstición á ejercer su influencia; era preciso saber el oróscopo del niño, y se pasaba á consultar á los adivinos, que conforme al signo en que había nacido, hora del día ó de la noche, declaraban la buena ó mala fortuna del recién nacido.

No se conformaban los padres, si ésta era adversa, y si al quinto día y segundo baño persistían los malos hados, entonces, reunidos todos en día fasto en el patio de la casa, y convidando á mucha gente con sus hijos, se hacía por la partera una consagración del niño á los dioses. Lavándolo muy bien, decía: «¿Dónde estás mala fortuna? anda, anda fuera de este niño;» y después, evocando á los dioses antedichos, á la diosa de las aguas, y á todos juntos, al sol y á la tierra, continuaba: «Oh tú sol, padre de todos los vivientes; y tú tierra, madre nuestra; acoged á este niño y protejedlo como á hijo vuestro; y pues nació para la guerra, (si el padre era militar) muera en ella defendiendo el honor de los dioses, á fin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas á todos los valientes que por tan buena causa sacrifican sus vidas.» Colocábanle entonces los padres en las manos juguetes en forma de los instrumentos de la profesión que había de ejercer: armas, si militar; instrumentos de labranza, si labrador; el huso y lanzadera, si era niña, y después de pasarlo rápidamente por las llamas cuatro veces, acostado el recién nacido, empezaba el banquete con que terminaba la solemnidad, en la que jugaban papel muy principal los otros niños de los convidados.

Desdichados los que nacían en los días *nemonteni* ó sobrantes de los trescientos sesenta que componían los dieciocho meses de veinte días, en que dividían el año; siempre tendrían que pelear contra la adversa fortuna, y el pueblo los motejaba con el nombre de *nemoquichtli* ó *rencihuatl*, según fueran varones ó hembras.

En la fiesta del dios Huistzilopuchtli, los sacerdotes hacían una incisión ó señal en el pecho ó vientre de los niños nacidos desde el año anterior, que era la marca de adorador del gran dios mejicano, y cada cuatro años, en los bisiestos, ó sea con seis días *nemonteni*, en el mes de Izcalli, cuando se celebraban las fiestas del dios del fuego Atecatzin, sufrían los niños y niñas el dolor de agujerearles las orejas.

Todos eran constantes peligros en la edad más tierna para los habitantes de Tenochtitlan: ved allí que aparece el Tenalpouchqui ó agorero, que lanza ciertos gritos y al punto salen las madres alborotadas á la calle, recogen á todos los niños y niñas que juegan en ella, y los guardan en casa; es que anuncia que van á bajar las diosas Cihuateteas, y si los encuentran al paso, los herirán con enfermedad incurable. Ved al Ixiptla ó sacerdote del dios Noppatecutli, que va entrando de casa en

casa, con una jícara llena de agua bendita, en una mano, y con una rama en la otra, con la que asperja las casas y las personas, para librarlas de toda mala voluntad por parte del dios de los *petales*.

En ninguna casa falta el incensario, con el que se inciensa con copal diariamente cuatro veces á sus penates, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales, y apenas producen flores todos los jardines para adornar con ellas fragantes sus altares.

También era indispensable que la conjunción de los signos fuera favorable para verificar el matrimonio; si el pronóstico resultaba infausto, la unión no se llevaba á efecto.

Discreta misión era la de las *cihuatlaupe* ó solicitadoras, próximas parientas del mancebo de veintidós años que pretendía á una doncella. Pasaban á media noche á la casa de ésta, y llevando un regalo á sus padres, la pedían para su apadrinado.

Ya sabían las matronas que contaban con la infalible negativa, por mucha que fuera la voluntad de los padres en acceder á ello; pero, volviendo algunos días después, y descendiendo á ciertos detalles previsores y de garantía de fortuna, por parte del candidato de las *cihuatlaupe*, los padres cedían por su parte, pero manifestando que aún faltaba consultar la voluntad de su hija, de la que tendrían conocimiento por otras señoras de su familia, que pasarían con el recado.

En otras localidades se dejaba á la suerte la elección de mujer: anunciado á pregón desde el templo, á cuya plaza solían concurrir muchas mujeres, que allí había un hombre deseoso de casarse y bajando éste á la plaza, tomaba la primera soltera que encontraba; al oír el pregón y verlo bajar, es sabido que algunas veces escapaban las doncellas, si el aspirante no era de su agrado.

Pero en las ceremonias nupciales se observaban ciertas ritualidades y penitencias del carácter más ascético y solemne para atraer sobre los contrayentes la mayor dicha.

Recibida la novia solamente por los padres del que iba á ser su señor y marido, se celebraba la ceremonia en la sala mejor de la casa, convenientemente adornada. El sacerdote presidía, y atando la punta del *hicepilli* ó túnica de la doncella, con la del *tilmatli*, ó capa del novio, daba por sancionada la unión, pasando á celebrarse el banquete nupcial. Excedidos los convidados en las bebidas alcohólicas, salían al patio á terminar la fiesta con un baile, pero los esposos permanecían solos en la sala, donde continuaban por cuatro días, sin salir de ella, no para rendir culto á Hime-neo, sino para dedicarlos á austeras penitencias, ayunos y oraciones, durmiendo en el suelo sobre delgada estera, y punzándose con espinas la lengua y orejas; hasta el cuarto día no podían consumir el matrimonio, y ¡ay de aquellos que cedieran antes á los estímulos de la carne, porque serían castigados siempre por sus implacables dioses con toda clase de desdichas!

Mas no excluían estas ceremonias el repetir las con cuantas mujeres el azteca pudiera sostener, siempre que no fueran próximas parientas ¹. Así, pues, según la fortuna y posición del hombre, era objeto de vanagloria el contar más dilatada y numerosa familia, siguiendo las arraigadas costumbres asiáticas.

¹ Rebatido está hoy por muy serios y piadosos autores el que casaran con las hermanas.

Dentro de la casa ó cabaña, con una sola pieza éstas; con varias, hasta constituir suntuosos palacios, aquéllas, vivían los aztecas con mayor ó menor lujo, según la fortuna de su dueño. En ninguna morada faltaba el *ayauhalli* ó adoratorio, donde se rezaba de rodillas al ídolo de más devoción en la casa; su temozcalli ó baño, á cuya higiénica costumbre eran muy aficionados; su granero para el maíz con el *metlatl* ó piedra para molerlo y el *comalli* para cocerlo; la bodega donde guardaban su vino, y entre los más acomodados, el jardín, en que florecía el *yolloxochitl*, el *coat-zontecoxochitl*, la flor más bella y apreciada en Méjico; el *oceloxochitl*, ó flor del tigre, y otras de corolas á cual más brillantes y embalsamadoras con sus fragancias.

Allí también, en departamento interior y apartado, vivían las mujeres, entregadas á todos los quehaceres, aun entre las más acomodadas, sin estar ociosas un momento; pues á falta de otro quehacer, no caía de sus manos el *malacate* ó huso, ó se aplicaban al telar, hilando y tejiendo el algodón y entrelazando los juncos de que hacían innumerables útiles de uso doméstico para formar las esteras, petates y otros enseres.

El decorado de la casa, acomodado también á la fortuna del dueño, llegaba á veces al mayor lujo y suntuosidad, no faltando sillas para sentarse á la manera asiática, pequeñas mesas, vasos de barro cocido para los líquidos y secos sólo al sol para los áridos, frutos y otros usos, de líneas más severas y clásicas que los peruanos, y muchos suntuosos de plata y oro ¹. Entre los más ricos, los brillantísimos tapices de plumas con caprichosas figuras revestían los muros de sus salones, y en lugares más ocultos se guardaban los trajes y joyas más valiosos, de uso en los días de mayor solemnidad.

Pero á pesar de tanta riqueza, las puertas estaban día y noche siempre abiertas, ó mejor dicho, no les ocurrió el uso de las hojas de madera para cerrarlas, interponiendo sólo una cortina con algún objeto prendido, que sonase cuando alguno pretendía levantarlas.

En las comidas, todas aderezadas por las mujeres, empleaban los alimentos más repugnantes para nosotros, formando pastas con insectos y reptiles, pero lo que constituía la base de ellos era el pan de *tladli* ó maíz, que después de cocido en agua de cal y molido en el *metlatl*, formando panes con la pasta, lo cocían al *comalli*.

El indispensable almuerzo era entre ellos el *atolli* ó poleados de maíz, endulzados con miel, y á la tarde el *tladli* con varias frutas y hortalizas.

Los pobres comían muy poca carne, por lo que eran tan aficionados á la humana de los sacrificios; pero los ricos tenían el pavo, las codornices y conejos, los tusas y techichis. Entre otros platillos, á ellos debemos el pimiento y el tomate.

De las bebidas, la más general y de todas horas, era el chocolate, cociendo el *ca-cautl* en agua, mediante procedimiento rotatorio en todo igual al nuestro, y entre las alcohólicas, las principales eran la *chicha* de la palma, caña del maíz y de su grano,

¹ La dicción de cerámica *cocida* al sol es viciosa: se requiere por lo menos la temperatura de 300 grados para que la arcilla tome la contextura molecular que la hace no deleznable por el agua; ningún objeto seco al sol puede contener líquidos sin que se destruya inmediatamente.

y el *octli* ó equivalente del vino, llamado por los españoles *pulque*, sacado del maguei ó pita.

Con el grano de la chia hacían una bebida muy refrescante, que mezclada con el maíz, constituía el total alimento de guerra llamado *chianzotzolatolli*.

En los jardines se alimentaban también numerosos animales domésticos, especialmente aves; pero lo que no faltaba en ninguna casa era el *techichi* ó perro, que tan importante misión tenía que representar en la otra vida.

No podemos entrar en la descripción de la gran ciudad de Tenochtitlan, ó Méjico. Muchas existen, entre otras, la notable del Alejandro español, del conquistador Cortés, que nos muestra su maravillosa grandeza y singular construcción, sólo si diremos que era una ciudad puramente oficial y cortesana; una especie de gran castillo donde radicaba el centro del poder civil, religioso y militar del Imperio. Sus habitantes no eran industriales ni comerciales: eran sólo dependientes de la corte y servidores de todos sus organismos, y formando la capa más inferior en el arrabal externo, los cultivadores de la campiña, albañiles y carpinteros: ni una tienda de compra y venta había en todo Méjico, si no es barberías, fondas y armerías; nada se producía en ella y todo llegaba de fuera á los mercados, ó *tianguiztli*.

Cada cinco días veíanse llegar de mañana por las calzadas y barcas del lago innumerables tropas de gente portadoras de toda clase de productos y enseres para colocarse ordenadamente en los mercados, de los que tan pintoresca descripción nos da el propio Cortés y el tan curioso anotador Gomara.

Allí acudían los alfareros y joyistas de Cholula; los plateros de Azcapozalco; los pintores de Texoco, los zapateros de Tenayocan; los cazadores de Xilotepec; los pescadores de Cuitlahuac; los estereros de Cuanhtitlan; los floristas de Xochimilco, y otros que ofrecían mil artículos y artefactos: piedras, ladrillos, madera de construcción y más fina para muebles; oro, plata, plomo, cobre y estaño; plumones con la cabeza y patas de mil distintas aves; raíces y hierbas medicinales; emplastos, bálsamos, leña, carbón; innumerables especies de hortalizas y frutas y tantísimas otras vituallas de fuera; estando todo perfectamente ordenado por calles y cuarteladas, verificándose las transacciones al cambio, ó por cierta cantidad de cacautl, ó sea cacao, que venía á simbolizar el valor de todas las cosas, ó también cañones de pluma de ánade llenos de polvo de oro ó trocitos de metal para las menudencias de ínfimo precio.

Las cantidades las arreglaban á la medida de capacidad ó longitud y al número, pero no al peso, que desconocieron.

No faltaba una organizada policía que mantenía el orden y cuidaba de la seguridad de aquellos miles de almas y de sus mercancías, que cobraban también su impuesto, y un estrado donde se dirimían las disputas tan frecuentes en los mercados, rompiéndose ante aquellos jueces las medidas que delatadas resultaban faltas. Llegada cierta hora marchaba toda aquella gente, quedando la ciudad entregada á su vida puramente cortesana y teocrática.

*
* *

La reunión de varios jefes de familia, parientes entre sí, formaban una gens, clan ó *calpulli*, como decían ellos, de cuya reunión se formaban las tribus, que por federación constituían el Estado.

Cada *calpulli* tenía sus tierras especiales designadas, las que eran repartidas anualmente entre sus miembros para su cultivo, sin llegar á ser nunca de propiedad particular.

Cada *calpulli* poseía también un edificio propio destinado á la educación de los niños, y era forzoso á todos el asistir á estos gimnasios durante algunos años, consistiendo principalmente su instrucción en ejercicios corporales, manejo de las armas, la danza y el canto.

Nota también anteindividualista de esta sociedad es que pasado el niño de la infancia, el *hombre de la medicina* le imponía un nombre propio especial suyo, perdiendo todo otro patronímico ó de familia.

Ningún hombre nacía esclavo en Méjico, pero podía pasar al estado de *tlacolti* ó dependiente de otro por varias causas. En tal situación, muy parecida á la esclavitud, quedaban los que no querían cultivar sus tierras, los célibes y los prisioneros de guerra. A éstos estaba reservado el oficio de bestias de carga, de las que carecían en absoluto, y los que conducían los bagajes en las campañas. Algunos pobres llegaban para aliviar su angustiada vida al extremo de venderse ellos ó á sus hijos y pasar al estado de *tlacolti*.

Pero sí existían perfectamente definidas las clases sociales, siendo la más inferior la de los labradores, la que aparece surtiendo á todos los demás en las más perentorias necesidades.

Estos industriosos hombres inventaron en los tiempos más reducidos del imperio el sistema de los huertos flotantes en el lago, que les proporcionaban los más feraces cultivos en todas sus clases de cereales, el maíz, chile y otras plantas de sustento, cuyos huertos, cuando se extendió el territorio, se convirtieron en bellísimos jardines que sobrenadaban en el lago.

Cuando más tarde pudieron disponer de tierra firme, se dedicaron á su cultivo á mano propia, beneficiando principalmente el maíz, que los hombres sembraban grano á grano y recogían, estando encomendado á las mujeres el desgranarlo y guardarlo en graneros especiales.

Sencilla era la vida de estas gentes, alimentándose constantemente de los mismos vegetales que cultivaban y viviendo en cabañas en el campo ó en los arrabales más extremos de la ciudad.

La manifestación más artística de estos conocimientos era el cuidado de los jardines, riquísimos en especies variadas y bellísimas. Las alabanzas que del de Huaxtepec hace el propio Cortés son hijas de la mayor admiración, y ya sabemos que el comercio de flores en la ciudad era diariamente grandísimo para el adorno de todo altar donde hubiera una imagen de sus dioses, tanto en los templos como hasta en las casas más humildes.

Los bosques eran también objeto de especial cuidado, y la cría de animales, sobre todo de aves, en que tenían la mayor riqueza, un lujo de los jardines de los magnates, citándose las colecciones zoológicas de Motezuma II como las más famosas y sin rival en la historia.

Un ramo delicadísimo de estas crías era la del *nochiztli* ó cochinilla, tan apreciado como materia colorante.

De la industrias mejicanas ninguna se ejercía en la ciudad; todos los productos útiles para la vida ó de lujo los hemos visto llegar al mercado, y como había localidades, cada una notable por su especialidad, corrían por todo el imperio constantemente pandillas de negociantes y mercaderes que pasaban de un punto á otro ofreciendo los productos de las manufacturas. Estos eran los que presentaban las celebérrimas obras de platería, en que tan artificiosamente sus autores habían entrelazado la plata con el oro para formar peces, aves, flores, y otros primores, cuyas escamas, plumas ó pétalos ofrecían por su maravilloso engarce la movilidad de la vida.

Pero era bastante curioso el seguir á estos mercaderes en sus viajes. Marchaban en compañías, todos ellos apoyándose en unos negros bastones, que decían representar á su dios protector Tacateuctli, y llegando á las posadas por la noche hacían un haz de todos ellos; colocados luego alrededor los adoraban y ofrecían su sangre sacada de las orejas y otras partes de su cuerpo, pues la efusión de ella era obligada en todas sus penitencias y austeridades. Las familias durante su ausencia se entregaban también á los silicios y ayunos, para implorar de los dioses su mejor bienandanza y seguridad en caminos y mercados.

En una ciudad donde la construcción llegó á hacerse tan lujosa y decorada, los arquitectos, artistas y artífices debieron tener una consideración y organización especial, pero la carencia casi absoluta de los antiguos monumentos de Tenochtitlan y las pocas indicaciones que en particular encontramos en las historias de los conquistadores nos impiden hacer un estudio comparativo de estilos con toda precisión.

Sin embargo de esto, por algunas reliquias que han llegado hasta nosotros, nos es dado asegurar que sus monumentos obedecen á un arte derivado del primitivo tolteca, falto de originalidad y siguiendo sus tradiciones, aunque ya por su estilo bastante decadente; es una interpretación á su modo de modelo más clásico, explicándose así ciertas coincidencias con el conocido maya, continuador más puro del que le sirve de fundamento.

Los magistrados constituían una clase elevada encargada de la administración de justicia. Las rentas de esta clase consistían en posesiones señaladas para ellos con sus correspondientes cultivadores; la satisfacción de todas sus necesidades y decoro propio del cargo estaban previstas, á fin de que no tuvieran disculpa y fueran incorruptibles. Reuníanse diariamente en el *tlazontectecoxan* ó tribunal, y allí fallaban todas las causas, sin apelación si eran civiles, y con apelación al supremo magistrado ó *cihuacoatl* si eran criminales, en cuyo nombre se administraba toda la justicia. Desde este alto personaje hasta los *topillis* ó alguaciles, y pregonero y ejecutor, existía un

numeroso y graduado personal, que nos recuerda en mucho nuestra curia y demás organización judicial; pero en esto como en todo se ve la índole suspicaz del indio, pues tenía la justicia á su disposición una policía delatora que fiscalizaba hasta los actos más privados, de los que daba en seguida cuenta á la superioridad. Pero adonde resplandece su crueldad y poca noción del valor moral de los actos humanos es en sus leyes penales, las que á trueque de algunos aciertos nos resultan verdaderamente monstruosas, no sólo en comparación con las nuestras, sino con las de los demás pueblos de la historia.

Nunca se prodigó más en un Código la pena de muerte por los motivos más fútiles; numerosas indicaciones pudiéramos sacar de ellas; basta entre otras decir que el inexperto joven que se embriagaba era muerto á palos en la cárcel, y la joven en el mismo caso apedreada en medio de las calles hasta perecer.

De todas las razas del Anahuac, en ninguna penetra menos que en los aztecas el espíritu civilizador introducido por los toltecas; antes al contrario, descuella como la más fiera y sanguinaria de todas, á pesar de ciertos adelantos.

Los consejeros del Rey, los embajadores y demás hombres civiles que más en contacto habían de estar con su sagrada persona, formaban otra de las clases más elevadas, si no la más distinguida de la corte mejicana. Ellos eran solos los que podían usar adornos de oro y piedras preciosas, siendo su distintivo una esmeralda colgada del labio, y motivo de ostentación y riqueza el poseer cuál más de estas piedras preciosas, que tantas veces llegan á figurar en sus historias.

Cargos elevadísimos entre la nobleza eran los cuatro grandes electores del Rey, que nos recuerdan los del imperio de Occidente, y de cuyo voto dependía la posesión del trono, el que habían de emitir libremente, sin más condición de que recayera en un miembro de determinada familia, que fué por mucho tiempo la casa de Acanapichtzin.

Pero la clase más influyente en la ciudad, y á la que pertenecía el Rey, era la militar, con su *Teachcautin* ó capitán general, cuyo distintivo era especiales ornamentos de oro en las orejas y labios. En ella había tres órdenes, según sus proezas: la de los *Acheauhtin* ó príncipes, *Cuauhtin* ó águilas y *Ocelo* ó tigres, cada una con sus insignias particulares; las proezas más meritorias consistían, no en matar mayor número de enemigos en la guerra, sino en cogerlos prisioneros para sacrificarlos después al cruel *Huitzilupozhtli*.

Por último, como la persona más eminente de la nobleza y la milicia estaba el Rey, electivo como hemos dicho, y á cuya elección, confirmada por los otros Reyes de Acolhuacan y Tamba, seguía la consagración en el gran templo de la ciudad.

Recibido por el gran sacerdote, teñíale éste el cuerpo con tinta negra; colocábanle después una túnica ú hropa con pintados huesos y calaveras; seguían otras prácticas poco solemnes y pintorescas, y después de pasar encerrado en el templo cuatro días de penitencias, ayunos, baños y derramamiento de sangre de las orejas, comenzaban las recepciones y fiestas.

Mas la gran ceremonia regia era la coronación. Preciso era para ella que hubiese marchado á la guerra y cogido por su mano prisioneros, que, conducidos á la corte, eran sacrificados este día, en que celebrando el triunfo, recibía de manos del Rey de Acolhuacan la mitra del victorioso, *copilli*, con el *penacho* regio ó *cuachistli*.

* * *

De propósito hemos dejado para el último punto el tratar de la religión de los mejicanos, si religión se puede llamar el conjunto de absurdas supersticiones é inhumanos ritos con que pretendían honrar y conservar propicia á la divinidad, siempre dispuesta al aniquilamiento de aquellas gentes tan escasas y pobres de sentido y ejercicio moral. Pero imprime tal carácter en la vida de la ciudad centro del culto Azteca, que una vez satisfechas las necesidades perentorias del comercio entre sus numerosas gentes, sólo quedaba allí tiempo para el ejercicio diario de los cultos, de los que los sacerdotes cuidaban con extremado celo.

A ellos estaban encomendados todos los ministerios de la religión, divididos en cuatro grupos: sacrificadores, adivinos, compositores y cantores. También á ellos correspondía el cuidado y arreglo del calendario, de tradición tolteca, para determinar escrupulosamente los días de las fiestas en conjunción con los signos propicios.

Hallábanse divididos en diferentes jerarquías, habiendo dos sumos sacerdotes: el *Teotenctli* ó señor divino, y el *Huiteopixqui* ó gran sacerdote; éste entre los Totonaacas tenía que ser ungido con sangre de niños. Sus insignias eran una gran borla de algodón pendiente del pecho y en las ceremonias un traje extremadamente lujoso y solemne cual correspondía á su alta categoría. Inmediatos á él seguían el *Mexico-teohuatzin*, ó celador sagrado de la ciudad; el *Tepanteohuatzin*, ó jefe de los seminarios; el *Ometochtli*, ó compositor de los himnos; el *Epcoacuiltzin*, ó maestro de ceremonias, con otros muchos ayudantes, entre los que se contaban los hijos de los nobles, agregados como gran honor á los templos durante algunos años.

Estos sacerdotes, para officiar en todas las ceremonias, se untaban el cuerpo con el negro hollín de ocotl, se vestían sus prendas propias, y con la mayor sangre fría se entregaban á las cruentas ceremonias.

Al salir el sol empezaban los primeros cultos en la ciudad. Despiertos todos y esperando en la alta plataforma del templo la aparición del astro, era éste saludado con mil gritos y exclamaciones; se cortaban las cabezas á infinidad de codornices, y una humareda inmensa subía de toda la ciudad hasta el cielo, mezclada con el atronador vocerío de todo el pueblo, que saludaba al astro y hacía la primera oferta de incienso de copal á las divinidades; cuatro veces al día se quemaba el copal en honor de los dioses y tres durante la noche por los sacerdotes en las alturas.

Pero las grandes fiestas, las que conmovían el corazón de júbilo á aquellas gentes, eran las que en honor de sus dioses se solemnizaban con los sacrificios humanos, preparados antes con ásperas penitencias, ayunos y silicios, sacándose sangre de di-

versas partes del cuerpo con las puntas del maguei ó pita, y otras privaciones, martirios y continencias. De los dieciocho meses que tenía el año entre ellos, en muchos se celebraban dos y más solemnes fiestas, y llegado el día grande se celebraban los sacrificios de aquellos infelices que, cogidos en la guerra, eran alimentados y preparados para el caso.

¿No habéis visto por la ciudad durante un año á dos bellísimos mancebos, vestidos á manera de dioses, ser objeto de las mayores muestras de veneración, no contrariarles en nada, gozar de toda clase de delicias y satisfacer hasta sus menores deseos, aunque siempre vigilados por fuerzas y centinelas de vista? Pues son el *Tescatlipoca* y el *Isteocale*, los dos más hermosos prisioneros cogidos en aquel año, pero que ya pagarán con la vida tan generosos privilegios.

Mas ha llegado el gran día; ved cómo corre todo el pueblo hacia el templo; penetra en la gran plaza, inmensa para que todos quepan en ella. En su centro se eleva una cuadrada é imponente masa de construcción; cuatro anditos superpuestos hacen que su parte superior resulte más estrecha, y dan á aquella especie de gran túmulo la forma algo piramidal; sin embargo, aún resulta en su alto una extensa plataforma. En uno de sus lados se elevan dos temples: son los tabernáculos de los dioses Huitzilupozhtli y Tezcatlipoca, y ante ellos está colocada la gran piedra ó *cuanhxicalli* del sacrificio. Ya están allí los sacerdotes con el *Topiltzin* ó sacrificador, vestido de rojo y con un penacho de plumas verdes y amarillas en la cabeza; otros cinco le acompañan con el cuerpo pintado de negro y los largos cabellos sueltos, que entre todos conducen á la víctima; súbense á la piedra, tumban al infeliz prisionero, sujetanle la cabeza con un collar de piedra apropósito, hunde el sacrificador su cuchillo de pedernal en el pecho de la víctima, mientras los otros le sujetan los miembros, y sacándole con toda presteza el corazón aún palpitante, colócalo sobre el *xicalli*, ó especie de copa, para recibirlo, y lo ofrece así al ídolo, acercándolo á su nariz para que goce de su vapor de vida, y hasta le refriega y tiñe la cara con la sangre.

El pueblo entretanto se aglomera al pie de la pirámide, y al momento ve caer desde aquella enorme altura el cuerpo inanimado de la víctima, que es recogido al llegar al suelo por el soldado que lo hizo prisionero, y cargando con él, le ofrece después condimentado en opíparo banquete á sus amigos.

La pluma se resiste á continuar en la descripción de las variantes de estos ritos, sin igual en el mundo por su extremada crueldad: el número de las víctimas era enorme al cabo del año; formando un término medio entre las noticias que se nos han transmitido por todos los historiadores, subían á 20.000 los sacrificados. No es extraño que cuando nuestros abuelos llegaron allá y contemplaron aquellas horripilantes ceremonias, revestidas de detalles tan espantables, creyeran que era el mismo demonio el que se las inspiraba á aquellas gentes. No se explica hasta dónde llegaba el placer de la sangre entre los sacerdotes: en algunas ocasiones desollaban las víctimas y vestíanse con sus pieles recién extraídas, produciendo á su alrededor el hedor más intolerable; cuando los españoles subieron por primera vez á la plataforma del

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANICANOS
BIBLIOTECA

templo, retrocedieron espantados ante la inmensa multitud de sangre pútrida que allí encontraron. Un autor de nuestros días emite la especie de que pudiera encontrarse el fundamento de esto en la necesidad de proporcionar al pueblo de alguna manera alimentos animales, pues éstos eran escasos en aquella región, y el hombre no puede ser herbívoro en absoluto. Sea de ello lo que quiera, la solemnidad resulta verdaderamente feroz y salvaje hasta el delirio.

Un solo medio tenía el prisionero de cierta categoría de salvarse de la muerte; pero era sometiéndose á una prueba difícilísima de vencer, y que acusa por parte del vencedor hartos egoísmo y falta de nobleza en la disposición é igualdad de la lucha. Sometiásele á un duelo, llamado gladiatorio por los conquistadores, á espada, en que subidos ambos combatientes sobre una piedra circular, tenían que pelear hasta la muerte, y si vencía el cautivo quedaba por ello libre. Pero es de advertir que el prisionero no estaba suelto en sus movimientos, sino que, sujeto por un pie al centro de la piedra, no podía avanzar, mientras que al contrario le era más fácil evitar el golpe; así y todo, en cierta ocasión un valiente cacique venció á cinco contendientes, y, sin embargo, por precaución fué sacrificado.

No es posible presentar un ejemplo de pueblo más fanatizado y dominado por los falsos sacerdotes. Ellos sin duda fueron los culpables mayores del atraso moral en que vivieron los aztecas, valiéndose principalmente para imponerse del terror y el miedo á la implacable divinidad.

Cada cincuenta y dos años, según el cálculo de los sacerdotes, terminaba el siglo, y era un favor de la divinidad el conceder al mundo otros tantos de vida; así que cuando llegaba el último día del período secular, todos se disponían á perecer en aquella noche; rompíanse los útiles de barro de uso doméstico, se dejaba apagar el fuego en los templos y casas, y marchando los sacerdotes seguidos de inmensa muchedumbre, se dirigían al monte Huixachtla, al que llegaban á la media noche precisa. Desde las azoteas esperaban este momento los demás, y llegado el sacerdote al lugar más alto, hacía sobre el pecho de un prisionero el fuego, con dos trozos de leña, encendía la gran hoguera, y todo el imperio levantaba sus gritos de alegría al cielo por contar un siglo más de vida.

Pero en medio de tanta crueldad y superstición, aún se conservaba cierto recuerdo del introductor de las luces en el nuevo continente, representado por la institución de Ordenes religiosas, que se dedicaban al cultivo de la inteligencia y ejercicio de todas las virtudes. La más extendida de todas era la de Quetzalcoatl, á la que consagraban sus hijos é hijas muchos nobles cuando nacían, y que, llegados á cierta edad, pasaban á vivir á estos conventos. Su misión era observar una vida en el ejercicio de las mayores austeridades y penitencias, y rogar á los dioses por la prosperidad y salvación de todos.

Otra Orden era la de *Tezcatlipoca*, llamados ellos *telpochtiliztli*, sin vida regular, pero cuyo objeto era reunirse en ciertas horas á bailar y cantar himnos á los dioses.

También era veneradísima por su santidad la Orden de los dedicados al culto de

la diosa Centeotl, la Atenea mejicana. No se permitía la entrada en aquel monasterio sino á hombres mayores de sesenta años, viudos y de irreprehensibles costumbres; eran los oráculos de todos, desde el Rey abajo, y ellos los que cultivaban la historia, describiéndola en sus pinturas representativas, género de escritura que alcanzaron como máximum los mejicanos.

Complemento de todas las ceremonias, sacrificios y fiestas, era entre ellos el baile, señal de contento y regocijo, por considerar que los dioses les eran propicios y estaban satisfechos. Todos bailaban: los sacerdotes, los nobles, los niños, los de clase más humilde, al són de broncos instrumentos, pues no conocieron los de cuerda, y sólo usaban el *huehuetl* y *teponaztli*, especies de tambores de madera huecos, los caracoles marinos, una cornetilla de agudísimo sonido y las *oyacaxtli* ó sonajeros.

Todos bailaban, repetimos, hombres y mujeres, formando círculos concéntricos, que se movían en direcciones contrarias: los del centro, de los nobles, más lentamente; los exteriores en vertiginosa carrera, cantando al mismo tiempo versos, que eran contestados alternativamente. Vedlos incansables: el objeto era apurar las fuerzas; cuando ya estaban rendidos, otros les sustituían; el baile duraba así en la gran plaza del templo de seis á ocho horas. También era obligado en todas las fiestas domésticas, y en las públicas había muchas especies y variedades.

Curioso juego entre ellos era también el de los voladores, privativos de las fiestas seculares, tan peligroso como hábil, y como complemento de todo las farsas escénicas.

Reducíanse éstas, pues no podían llegar á más en un pueblo constituido á su manera, á verdaderas pantomimas ó pasajes á lo divino, pero que se celebraban en Méjico en un teatro ó local apropiado.

Memoria tenemos del de Cholula y sus representaciones en la fiesta de Quetzalcoatl, á cuyo numen vemos anejo siempre todo lo que representa mayor cultura, que tenían algo de apólogos al vivo, disfrazados los actores de animales, ó pantomimas burlescas basadas en los defectos físicos, terminando todo con el indispensable baile.

* * *

La idea de la otra vida después de la muerte estaba arraigada entre los aztecas, creyendo en la gradación de la felicidad ó desgracia en ella, según los méritos ó pecados cometidos en esta terrenal; creencia en verdad superior á la de otras tribus del Anahuac, que admitieron la metempsícosis, la jerarquía social en la otra vida y otras ideas más inmorales.

Entre los mejicanos, el guerrero muerto en el combate ya contaba con vivir en la propia mansión del Sol; los demás en astros más ó menos brillantes, según sus méritos; pero admitiendo antes cuatro años de purificación ó purgatorio, durante los cuales los parientes y amigos le hacían ofrendas de viandas, flores y perfumes, y honraban su memoria con fiestas y bailes.

El procedimiento funerario más extendido entre los aztecas fué la cremación, aun-

que había sus excepciones de los que morían ahogados ó hidrópicos y otras enfermedades, sin que los historiadores, se den cuenta del porqué de ello. Además, recientes descubrimientos han puesto á la vista innumerables momias guardadas en nichos abiertos en las paredes de las grutas; pero éstas parecen pertenecer á razas anteriores á los aztecas.

Entre éstos el cadáver se le revestía de sus mejores galas y joyas; más ropas se ponían después de muertos que cuando estaban con vida, dice Gomara; poníanle entre ellas unos papeles con oraciones distintas, que le servirían de pasaportes en el viaje de la otra vida: con el primero se le permitiría el paso por las montañas; el segundo lo libraría de la gran serpiente; con el tercero pondría en fuga al gran cocodrilo, y con el cuarto pasaría los ocho desiertos y las ocho montañas.

Con el difunto se enterraba ó quemaba siempre también el cachichi ó perro de la casa; éste era inseparable de su dueño y el solo que lo sabría conducir por los estrechísimos senderos del *Chicunahuapan* ó nueve torrentes. El sacerdote le rociaba la cabeza con agua bendita y le introducía una piedra entre los labios.

En este estado quedaba expuesto en la casa un día ó más para que los parientes ó amigos lo lloraran. Puesto luego el cadáver sobre un montón de leña, se quemaba mientras los sacerdotes entonaban un himno funerario. Después, recogidas las cenizas en una urna, se enterraba ésta y sobre ella se hacían oblacones por sus parientes durante cuatro días.

En los funerales del Rey se sacrificaban durante su cremación gran número de esclavos para que le siguieran sirviendo en la otra vida, sin omitir el irremplazable techichi. Las cenizas de los Reyes se depositaban en los templos.

Esta cremación de los cadáveres parece, pues, uso especial de los mejicanos, adquirido cuando los peligros de su primitiva vida errante se lo impusieron para poder trasladar sus restos venerables con facilidad de un lado á otro, pues en los demás Estados del Norte de América la inhumación ó momificación aparece siempre lo más usado.

Tal fué, á grandes rasgos y sin detenernos en mil detalles á cual más curiosos y significativos, la vida de aquella gente que, á pesar de su fiereza, cedió ante el genio asombroso de uno de nuestros mayores hombres; con condiciones para dominar, excedióse, sin embargo, en sus medios, y presentó ante la historia el ejemplo de un pueblo que, demasiado aferrado á sus tradiciones bárbaras, tuvo además un temperamento muy poco apropiado para la cultura; ésta la aceptó á su manera; y si tratáramos de hacer comparaciones, lo asimilaríamos al visigodo entre nosotros. Su nota más saliente fué la crueldad y fiereza; no en balde su escudo ó blasón era una churbera ú opuntía coronada por un ave carnívora.

Quédanos que ver en la región central y continente otras civilizaciones, que nos presentan más curiosos y adelantados pueblos.

NARCISO SENTENACH